

El núcleo del Evangelismo Lección 4

Compartiendo tu fe de manera efectiva

Hay gente que va y viene, y hay gente que siempre parece volver.

Durante años, no estaba seguro de a qué grupo pertenecía, hasta que la vida empezó a mostrarme pequeñas señales, casi invisibles. De esas que no buscas pero que de alguna manera encuentras igualmente. Anoche, mientras mi esposa se acomodaba para dormir, solo intercambiamos unas pocas palabras.

Eso fue suficiente para coger el móvil y empezar a escribir algo que ya no podía guardarme.

No era intención. No era esfuerzo. Era simplemente impulso.

El tipo de impulso que aparece al dar se ha convertido en una parte tan natural de tu vida que apenas lo notas ya. Solo quienes viven así entienden a qué me refiero: La gente te abre puertas sin que se lo pidan.

Mi vecino de enfrente, Peter, volvió a subir mi cubo de basura a la casa porque lo había olvidado. Nunca me dijo que lo había hecho. Simplemente lo hizo. Un acto silencioso, casi oculto, pero lleno de significado. Unos días después, mientras cortaba el césped, llegué a la zona que bordea el jardín de mi vecino de al lado. Me sentí incómodo al ver mi costado recién cortado mientras el suyo seguía intacto. Había una línea invisible que separaba dos mundos diferentes: el mío querido, el suyo aun esperando. Así que decidí poner mi fe en acción.

También le corté el costado. Ambos lados. Unos días después me dio las gracias. No había tenido tiempo de recortar los bordes. Me disculpé. Sonrió. Yo también. A veces la gracia se esconde en pequeñas cosas que nadie nota, pero esas cosas aun así logran cambiar algo.

Al reflexionar sobre esos momentos, me di cuenta de algo. Ninguno parecía evangelización. Nadie abrió una Biblia. Nadie predicó un sermón. Nadie participó en un debate teológico. Y sin embargo, cada uno apuntaba en la misma dirección. Porque el evangelio produce algo en las personas.

Crea paciencia donde antes había prisa.

Generosidad donde antes había indiferencia. Servicio donde antes había orgullo.

Quizá por eso Jesús dijo que el mundo reconocería a sus discípulos por su amor mutuo (Juan 13:35).

Antes de que el evangelio salga de nuestra boca, primero debe pasar por nuestro corazón.

Todos estos pensamientos daban vueltas en mi mente mientras mi esposa se quedaba dormida.

Pensando en el día siguiente, le dije en voz baja que todo iba a estar bien.

No porque lo supiera.

Sino porque yo lo creo.

Cuando una persona se acostumbra a dar, empieza a sentir que está recibiendo constantemente.

No como una transacción.

No como intercambio.

Pero como una forma de vida marcada por un continuo autoindulgente.

El evangelismo comienza antes de que hablemos

Hay algo más profundo detrás de estos actos sencillos.

Mucha gente piensa que la evangelización consiste principalmente en hablar de Cristo.

Sin embargo, bíblicamente hablando, la evangelización comienza mucho antes. Comienza cuando Cristo ya se está formando dentro de nosotros.

Y aquí es donde a menudo cometemos errores.

A veces presentamos a Jesús como alguien a quien estudiar, cuando Él se presentó como alguien a seguir.

Los discípulos no recibieron primero un curso completo sobre Jesús.

Recibieron una invitación.

"Sígueme."

Le conocieron caminando detrás de Él.

Aprendieron quién era observando cómo trataba a las personas.

Entendieron Su carácter observando Su servicio. Descubrieron Su amor al presenciar su sacrificio. Lo mismo ocurre hoy. No conocemos verdaderamente a Cristo estudiándole desde la distancia. Lo conocemos siguiéndole. Jesús no vino solo para comunicar la verdad.

Llegó a encarnarla.

Por eso el evangelio no se comunica solo con palabras. Se comunica a través de una vida que refleja continuamente el carácter de Aquel que la transformó. Cuando ayudamos sin esperar recompensa, servimos sin reconocimiento y damos sin llevar la cuenta, revelamos una realidad invisible: nosotros mismos hemos sido tocados por una gracia que nunca merecimos.

"Amamos porque Él nos amó primero." (1 Juan 4:19)

Toda acción cristiana comienza con una acción previa de Dios. No damos para recibir. No servimos para ganarnos el favor. No amamos para ser aceptados. Hacemos estas cosas porque ya hemos sido amados, aceptados y reconciliados a través de Cristo. Por eso el evangelismo auténtico no consiste en fabricar oportunidades para hablar de Jesús. Se trata de seguirle tan de cerca que, tarde o temprano, alguien se pregunta por qué vivimos así.

Como enseñó Jesús, «Es más bendecido dar que recibir» (Hechos 20:35).

Siembras, no inspector.

Vivir a diario tanto en el mundo secular como en el religioso dificulta creer que un grupo sea siempre egoísta y el otro siempre compasivo.

Uno de mis pasajes favoritos es la parábola de Jesús sobre los dos hijos en Mateo 21:28-32.

El que dice: "No iré", a veces acaba yendo. Y quien dice: "Iré", a veces nunca lo hace. Por eso debemos tener cuidado al sembrar. Nuestra tarea es simplemente esparcir semilla, igual que en la Parábola del Sembrador en Mateo 13. No sabemos dónde caerá. No sabemos dónde echará raíces. No sabemos qué suelo dará fruto eventualmente. Nuestra responsabilidad no es inspeccionar el suelo. Nuestra responsabilidad es sembrar.

Dios se encarga del resto.

La forma más poderosa de evangelización

La cuestión no es solo si estamos compartiendo nuestra fe. La cuestión es si nuestra fe está produciendo algo que merezca la pena compartir. El mundo puede debatir nuestros argumentos. Puede cuestionar nuestras doctrinas. Puede rechazar nuestros sermones. Pero es mucho más difícil ignorar una vida transformada.

En última instancia, la evangelización efectiva no surge de una estrategia. Surge de una persona que ha pasado tanto tiempo con Jesús que empieza a parecerse a Él. Los primeros discípulos no impresionaron al mundo con su educación, influencia o recursos. Lo que captó la atención de la gente fue algo mucho más sencillo.

Otros reconocieron que habían estado con Jesús (Hechos 4:13).

Quizá esa siga siendo la forma más poderosa de evangelización. Antes de presentar a Cristo como alguien a conocer, debemos presentarle como alguien digno de ser seguido. Y quienes le siguen el tiempo suficiente inevitablemente se convierten en pruebas vivas de que Él realmente cambia vidas. Al final, dar no es un gesto.

Es un camino.

Y por ese camino, algunas personas simplemente pasan por ahí... Pero otras siempre regresan.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Reflejan mis acciones diarias el carácter de Cristo tan claramente como mis palabras hablan de Él?
2. ¿Estoy presentando a Jesús simplemente como alguien a quien hay que conocer, o como alguien digno de ser seguido?
3. Si la gente observara mi vida durante una semana, ¿encontrarían pruebas de que he estado con Jesús?

¿Preguntas? adelzotto@live.com

buscar más? www.Juan832.com